



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 44 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Noviembre 1876 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Traje para calle con túnica-alborno.—Traje para sociedad.—Fichú de encaje.—Fichú de lana.—Cuerpo-coraza para niña.—Paletot con esclavina para niño de 2 á 4 años.—Sombrero adornado con piel para señora.—Sombrero de terciopelo adornado con flores.—Chaleco para caballero.—Camisa de vestir para señora.—Sillon de reposo con almohadon y colcha.—Juego de cama bordado.—Cubre-cama bordado.—Velos de encaje para sillón.—Silla-tijera bordada á cadeneta.—Cenefas caladas.—Cubierta de encaje irlandés.—Vide-poche mosaico de maderas.—Limpia plumas bordado.—Bandeja y cepillo para la mesa: pintura silueta.—Bolsa de crochet para el tabaco.—

Algunos consejos para sacar patrones, por Emilia.—LITERATURA: A la Virgen del Pilar de Zaragoza, poesia, por la Ciega de Manzanara.—A la señora Doña Dolores Garrido viuda de Orozco, soneto, por Gerónimo Couder.—En el álbum de la inspirada poetisa Doña Joaquina Balmaseda, poesia, por J. Tejon y Rodriguez.—Amor de Madre, por Maria del Pilar Sinues.—Marina, por Angela Grassi.—Zoología: El Gobi, por L. Figuier.—La cancion del estudiante, por Ednard Quinet.—Correspondencia.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. SILLON DE REPOSO CON COLCHA Y ALMOHADON.

Bordado á punto de cadeneta y contorno.

(Dibujo en el pliego de patrones por el revés.)

El sillón largo con cabecera está tapizado como el resto de los muebles de la habitación, y todo él con botones y un bullón á los bordes, orillado de cordon grueso, fleco y borlas. Los accesorios de este mueble confortable, esto es, el almohadon y colcha, son objetos de capricho que pueden variarse conforme al gusto de la bordadora: la colcha tiene 138 cents. de ancho por 180 de largo, y la forman tres tiras de terciopelo granate y tres bordadas en paño celeste ó negro, forrándola de seda onaté bastillada á cuadros y poniéndole cordon grueso al borde. El número 2 ofrece el dibujo para esta tira, que tiene 21 centímetros de ancho, y se debe cuidar mucho, al empalmar el dibujo, de que sea con una precision que no se conozca el empalme: el bordado se ejecuta á cadeneta y punto de contorno; las ondas en la cenefa con color de oro, los contornos lo mismo, y el centro de las flores matizado en negro, blanco y azul claro; el almohadon se hace á la medida del sillón con tres tiras más estrechas de terciopelo y dos bordadas del mismo ancho, para lo que hay que reducir el dibujo. Las dos tiras de la orilla se recogen de la cabecera con una borla de pasamanería.

3 Y 4. PUNTILLAS.

3. Puntilla de crochet y tren-

cilla. Este modelo emplea una trencilla cluny de gran novedad, doble, y unida á grupos de picots, con grupos igualmente á los bordes exteriores: las tres vueltas de crochet que la completan están suficientemente explicadas en el grabado.

4. Puntilla de crochet y cinta guipure.—El centro de la puntilla es una cinta guipure á picos, y cada picot de crochet que la termina consiste en: * 7 puntos de cadeneta, 1 doble en el segundo de los 7, 1 de cadeneta, 1 doble en el pico de la cinta *: por el otro borde la completa una cadeneta lisa con grupos de tres barras encima.

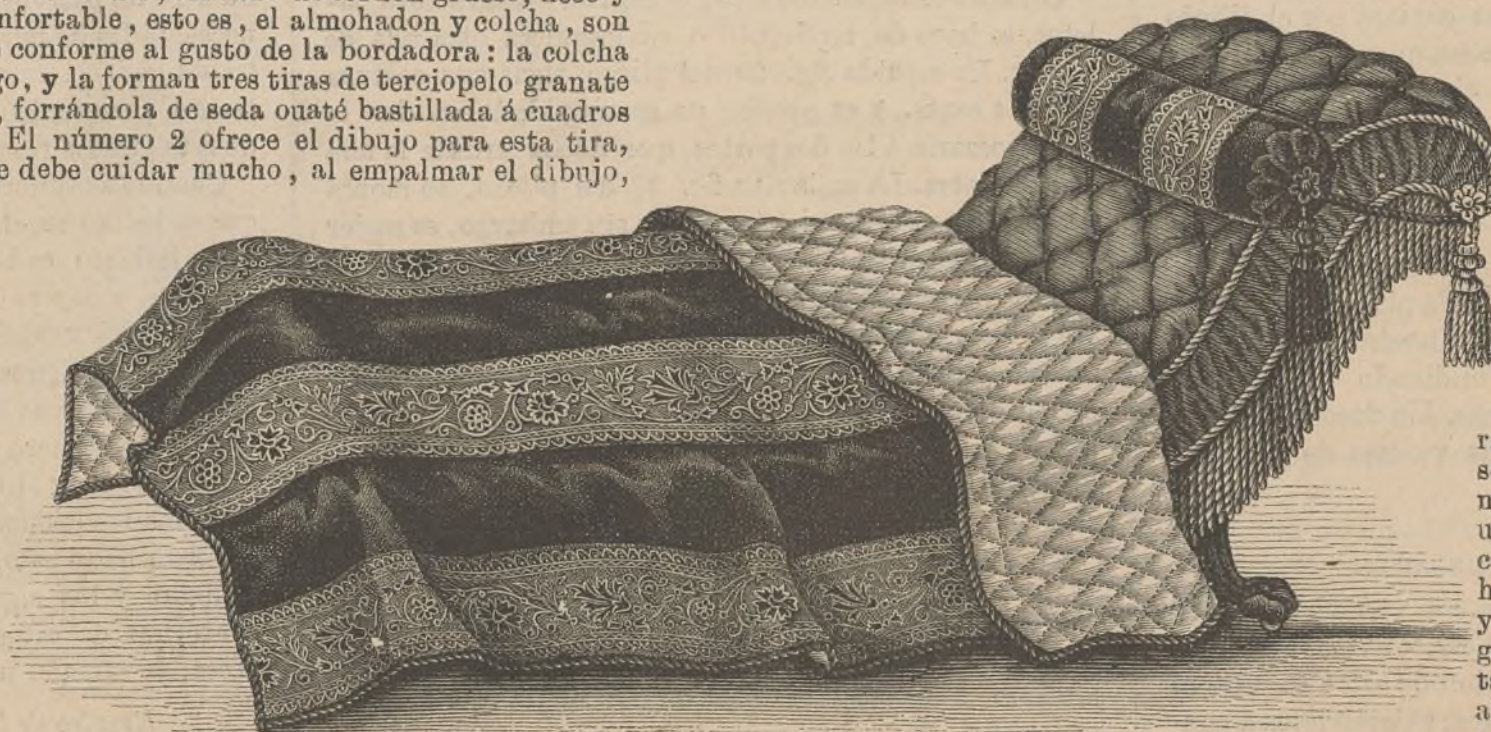
5 Y 6. CUBRE-CAMA Ó EDREDON.

Bórdase esta colcha, para la que pueden tenerse presentes las dimensiones de la núm. 1, en cachemir grana ó celeste, con el bordado á punto de tallito con lana fina ó seda francesa negra. El núm. 5 ofrece la cenefa ó punto de feston con dos colores de seda.

7 Y 8. JUEGO DE CAMA.

(Contornos del bordado: en el pliego de dibujos.)

A los diferentes modelos para juegos de cama que ya poseen nuestras lectoras, añadimos el presente. La sábana de una pieza de 225 cents. de ancho por 3 metros de largo, se hace con ancho jareton calado, y la cifra, de 22 cents. de larga, se borda á unos 30 de distancia del jareton: el paño de almohada tiene poca aplicacion entre nosotros, que usamos las



1. Sillon de reposo con almohada y colcha. (Véase núm. 2.)



2. Cenefa para la colcha y almohadon núm. 1.

almohadas de distinta forma; pero las iniciales se repetirán á las dos cabeceras ó una á cada lado, terminando la almohada dos ó tres órdenes de jaretitas y calados, con jareton ancho á la orilla, como muestra el mismo paño núm. 8, y pueden verse en los núms. 17 y 18.

9, 10 y 11. CADENAS PARA EL RELOJ.

El núm. 9 muestra en detalle la cadena que presentaba el número anterior hecha de crochet á punto doble y en redondo.

La números 10 y 11 muestran otro género de cadenas trenzadas con soutache: siguiendo exactamente las indicaciones por números que ofrece el núm. 11, se colocan los cabos 1, 2 y 3, uno sobre otro por su orden, y el 4 pasa por la presilla formada por el núm. 1, que vuelve á colocarse otra vez el primero. Estas cadenas son muy á propósito para luto.

12, 13, 17 y 18. VELOS PARA SILLONES.

Aunque son ya muy conocidas estas labores, indicáremos, no obstante, que el número 12 es un cuadro de batista con randas de calado de hilos sacados, para lo cual ofrecemos los modelos 17 y 18, que tienen su ángulo y la manera de separar los hilos cordonándolos ó con un pequeño punto atrás en la orilla: la cenefa, á cuartetos de encaje irlandés, se completa con una puntilla del mismo género.

El núm 13 ofrece un velo, todo de encaje irlandés con cinta de encaje, formando grandes arabescos rellenos de diferentes calados.

14 y 15. FICHÚ DE TUL CON FLORES DE ENCAJE.

(Dibujo: en el pliego de bordados, por el revés.)

Sobre el tul negro se coloca la cinta de encaje negro de medallones, que sirve para el floreado como la presenta el núm. 14, y lisa para las ondas: el fichú es un triángulo de 112 cents. de largo por 56 de ancho en el centro, y las puntas tienen 15 cents. de ancho y se añaden á los extremos del fichú: dos órdenes de cinta lisa forman la cenefa de ondas, la última con picots á la punta, y el centro se cubre de floreado que se copiará por el dibujo del pliego de patrones y por la rama núm. 14. Es indispensable fijar sobre el tul estos motivos de cinta con seda fina, y hacer los troncos con seda gruesa.

16. PAÑUELO-TOQUILLA DE PUNTO.

Labor al bastidor.

Hácese con lana céfiro blanca y seda plata imitando la felpa, porque está hecho de medios madroños, y se dispone con punta hacia la frente, midiendo 44 cents. de ancho en el centro por 200 de largo. Un fleco de madroños, al que sirven de pié algunas vueltas de malla, le completan.

17 y 18. CENEFAS CALADAS.

Las cenefas caladas se emplean con verdadero frenesí en toda clase de ropa blanca, y al efecto presentamos los modelos núms. 8 y 12. La ejecución de estos calados es muy fácil una vez sacados los hilos, sujetándolos á punto atrás de los bordes en la disposición que marcan los dibujos, ó del centro, como en el núm. 18.

19. SILLA-TIJERA.

Los detalles y dibujo de esta silla los ofrece el pliego de dibujos y patrones, pudiendo bordarse á cadeneta ó punto de contorno en toda clase de tela fuerte, ó de cachemir colocado sobre un forro.

20. CAMISETA DE LANA PARA NIÑO.

Materiales: lana blanca, agujas de madera.

La espalda y delantero de esta camiseta, hecha de punto, se ejecutan separadas yendo y viniendo, alternando siempre 3 vueltas del derecho y 3 del revés: al llegar á la vuelta 13 se sobrecargan 20 puntos para formar el hombro, y con los que quedan se continúan 46 vueltas: al fin de la 47 se añaden 20 puntos para el otro hombro, y después de 12 vueltas se sobrecargan todos los puntos dejando acabado el delantero. La espalda se comienza con 55 puntos y se hacen 73 vueltas, debiendo cuidar, al juntar las dos mitades, que el dibujo de las rayas no se altere. El escote y bocamanga se termina por una vuelta de barras de crochet, separadas por tres puntos lisos, por las que se pasa una cinta de color.

21 y 22. CORAZA PARA NIÑA.

(Patron: pliego por el revés, núm. VII, figs. 23 á 27).

El patron y el cuerpo que presentan por delante y por detrás nuestros modelos, no exigen explicación ninguna: es de lana belga gris, y el núm. 21 lo muestra cerrado á

un lado y el 22 por la espalda: un vivo de seda la adorna alrededor.

23. CHALECO PARA CABALLERO.

(Patron: pliego por el revés, núm. IV, figs. 16 á 18).

Puede servir esta misma forma para chaleco de piqué, paño ó terciopelo: los delanteros van forrados de tela fuerte y percal fino y otra tira fuerte se coloca bajo los botones: la nesguilla del pecho se cose separadamente en cada tela y se plancha muy bien antes de armar el chaleco: una línea en el patron indica la abertura de los bolsillos, cuyo borde se sostiene con una tira doble y respunteada. La espalda se hace en percalina de sarga blanca ó negra, según el chaleco, también forrada, y el cuello-chal se corta en bias, y se forra con las dos telas. Lo principal para que un chaleco siente bien, es que esté bien planchado en todas sus costuras, que se colocan sobre una estrecha tabla, y con plancha muy fuerte se planchan por el revés debajo de un paño mojado.

24 y 25. DOS SOMBREROS ELEGANTES.

24. *Sombrero de fieltro negro.*—Guarnecido de piel, ala de pájaro, lazos de terciopelo, hebilla de metal y rosas.

25. *Sombrero de terciopelo color castaño.*—Adornado con lazos, flores y follaje.

26 á 28. CAMISAS DE VESTIR PARA SEÑORA.

(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. III, figs. 14 y 15).

El pliego da el patron de esta camisa, cuyo adorno muestran claramente los grabados 27 y 28.

29. DIBUJO PARA ARANDELA.

Es el dibujo de la que ofrecimos en el número anterior, al cual remitimos á nuestras lectoras.

30 y 31. PALETOT CON ESCLAVINA PARA NIÑO DE 2 á 4 AÑOS.

(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VII, figs. 28 á 32.)

Cortado exactamente sobre el patron este gracioso paletot, se hace de terciopelo ó cualesquiera otra tela de abrigo. La espalda fig. 29 del pliego tiene una costura de 3 á 4 cents., y es preciso un gran cuidado en dar la tela necesaria á las dos partes, que deben cruzar la una sobre la otra. La esclavina fig. 32 del pliego, se monta con un puño al escote del paletot; sin embargo, es mejor pegar por separado la esclavina al puño, y sujetarla al paletot por medio de algunos corchetes, para poder llevarla ó no, según haga más ó menos frío. Los bolsillos miden cerca de 10 cents. de altura, y se ponen de costado en la falda. Galones castaños adornan el paletot grabado 30, y tiras bordadas y botones de nácar el grabado 31, que es de terciopelo negro.

32. CUADRO DE ENCAJE IRLANDÉS.

Puede utilizarse para cubiertas de silla, de acerico ó canastilla. Si se le destina á cubrir-cama, hará un efecto precioso, alternado con cuadros de malla bordada, ó mejor aún, de batista con calados.

33. VIDE-POCHE, MOSAICOS DE MADERA.

Materiales.—Algodón, papel castaño satinado y blanco satinado, hilo castaño, cola, barniz copal, frutas de los bosques, tales como piñas de ciprés, de pino, hierba seca, musgo, etc.

La caja tiene la forma de un semicírculo, y debe ser de bastante consistencia para sostener lo pesado del adorno. Mide 24 cents. de largo por 12 de ancho en el centro y 8 de profundidad, guarneciéndose interiormente con papel blanco satinado ó moiré, y por fuera de papel color de madera. Un carton forrado de papel marrón, y cortado de la forma que indica el grabado, cubre la parte superior del *vide-poché*, sostenido de arriba y de abajo por un alambre cosido al borde.

El adorno de mosaico se dispone luego sobre el fondo, procediendo como hemos indicado tantas veces en nuestro periódico. El medallón del centro se borda á litografía, pudiendo reemplazarse con cualquier otro bordado, una aplicación de paño ó cretona, ó bien con una fotografía. Un lazo termina el adorno, llevando el *vide-poché* una anilla á ambos lados para poder suspenderlo.

34. LIMPIA-PLUMAS.

Tres pedazos de carton de 7 1/2 centímetros de largo y 6 de altura, cubiertos de tela de lana negra, y cosidos de modo que formen una vaina triangular, sirven de base á este lindo objeto. El adorno de las tres partes se borda sobre paño picado, color Habana, con seda de Argel encarnada y cordoncillo de oro. Una soutache encarnada

circuye todos los contornos. Una franja, ó una tira de paño cortada á modo de franja, y enrollada, llena el triángulo, asomando por las aberturas, para que se limpien en ella las plumas. Estos rulos se fijan sólidamente con algunas puntadas. El mango de latón ó alambre se cubre de seda de Argel ó cordón de oro.

35. BANDEJA Y CEPILLO PARA LA MESA.

La pintura sobre madera y la pintura silueta, que tantas veces hemos explicado á nuestras lectoras, entran en combinación para adornar este lindo objeto, que puede constituir un precioso regalo para un ama de casa que acostumbra tener convidados.

36 y 37. BOLSA PARA EL TABACO.

No entraremos en detalles para explicar la ejecución de esta bolsa de crochet, pues sobradamente la indica el grabado 37 de tamaño natural.

38. TRAJE PARA CALLE.

El traje, grabado 38, muestra por delante el traje con túnica recogida en forma de albornoz, representado en el grabado 19 del número anterior, al cual remitimos á nuestras lectoras.

39. TRAJE PARA SOCIEDAD.

Es de faya de dos tonos, ricamente guarnecido de encaje: los colores pueden combinarse de este modo: malva con pensamiento ó encarnado sultan; azul claro con azul marino; marfil y verde-bronce. Una camiseta plegada de tul de ilusión llena el escote adornado de encaje.

JOAQUINA BALMASEDA.

ALGUNOS CONSEJOS

PARA UTILIZAR LOS PLIEGOS DE PATRONES.

Modo de sacar los patrones.

A fin de poder dar sobre una misma hoja de papel un número de patrones suficiente para poder satisfacer las necesidades de muchas personas á la vez, nos hemos visto obligados á entrecruzar las líneas de los diversos patrones, pero teniendo sumo cuidado de que la diferencia de estas líneas resalte á primera vista.

Cuando se quiere, pues, utilizar uno de los patrones que se hallan en el pliego, es preciso antes estudiar con detenimiento cada línea de por sí, para no tomar una por otra, y hacerse cargo en dónde empieza y en dónde acaba la del modelo que queremos copiar. Para esto se estudian los signos que se hallan á continuación del letrero que expresa lo que representa la figura, y está al lado de su número respectivo, como por ejemplo: fig. 13, *espalda* (X. X.) ó bien fig. 14, *costadillo* (~~~~~) y así de todas las demás.

Examinado esto, se busca sobre el pliego el número de la figura y los signos indicados, y siguiendo todos los contornos de estos signos, se obtiene el patron que se desea, de tamaño natural.

Empleo de la rodaja para sacar patrones.

Una vez que se ha hallado sobre el pliego la figura del patron que se quiere sacar, se coloca dicho pliego sobre una hoja de papel cualquiera, blanco ó de periódicos, se prende una hoja á la otra con alfileres, para que no hagan ningun movimiento, se extienden ambas hojas prendidas sobre una mesa, y se sigue sobre el pliego la línea de los signos, con la rodaja de sacar patrones, apoyándola lo suficiente para que los dientes de la rodaja dejen marcados todos los contornos del patron sobre la hoja de papel comun que se halla debajo de la hoja de patrones.

Luego se separan las dos hojas, y no hay más que ir cortando en la de debajo todos los contornos marcados por la rodaja. El procedimiento, como se vé, no puede ser más rápido ni más exacto. Nosotros enviamos la rodaja á cualquiera que la desee, anticipando su importe, que es 6 rs.

Entiéndase bien que el pliego de patrones se pone encima, y la hoja de papel, en que queremos que quede trazado el patron, debajo.

Modo de sacar los patrones sin rodaja.

Pueden tambien sacarse los patrones sin el auxilio de la rodaja; pero es mucho más difícil y enojoso.

Se cubre el patron que se quiere sacar con una gasa muy trasparente ó un papel de seda muy fino, y con un lápiz se van calcando todos los contornos de la figura; pero repetimos que esto exige más paciencia y más cuidado que valiéndose de la rodaja.

Cada figura del pliego no da más que la mitad del objeto que se quiere sacar, siempre que la segunda mitad sea exactamente igual á la primera; como por ejemplo:

la mitad de la espalda, la mitad del delantero. Es preciso, por lo tanto, cortar dos pedazos de tela sobre cada figura que diga *mitad*.

Las figuras que no reproduzcan más que la mitad de un objeto, pero cuyas dos mitades deban cortarse de un solo pedazo, tal como una espalda sin costura en medio, llevan en los parajes en donde no debe cortarse la tela una línea formada con muchos trazos (---) que indican el medio. En este caso, pues, hay que poner la tela doblada sobre la figura; y así, aunque el patron dé sólo la mitad, se saca por entero.

La explicación expresa claramente siempre que haya que poner la tela al bies.

El patron se presenta con sus dimensiones exactas, debiéndose dejar tela demás para las costuras y los dobladillos.

Para cuerpos, chaquetas, etc., se suele dar demás todo alrededor para las costuras y ballenas, de uno y medio á 2 cents.

Si no lleva ballenas, basta con dar uno, ó uno y medio de más. Cada costura debe ejecutarse exactamente sobre la línea del contorno: para esto, antes de separar el patron que acaba de cortarse de la tela, hay que marcar con sumo cuidado toda la línea del contorno exterior, como asimismo las pinzas, de las cuales depende el buen asiento de un cuerpo. Estos contornos pueden marcarse con un alfiler grueso ó con la misma rodaja.

Las mangas que deben cortarse en dos pedazos, están representadas en el pliego, por falta de espacio, por medio de una sola figura; pero sobre ésta se marcan con líneas el escote de la parte superior y la inferior, y lleva algunas palabras que explican cuál es la una y cuál es la otra.

(Se continuará.)

EMILIA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



La siguiente poesía, que ha gustado extraordinariamente en Zaragoza, es de la popular improvisadora conocida por la ciega de Manzanares, que de tanta y tan justa celebridad goza en nuestra patria. Nos ha favorecido con ella á su paso por Madrid, y nosotros nos apresuramos á publicarla, para que nuestras suscriptoras puedan admirar, como nosotros, la ternura de su alma y las galas de su imaginación.

Plegue á Dios darla larga vida, para que, como los pájaros canoros, eleve sus sentidas endechas hasta el sagrado de la Virgen bienhechora.

A LA VIRGEN DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Á los piés, Madre mía,
de tus altares,
llega humilde la ciega
de Manzanares:
ciega y postrada,
tu grandeza presente,
mas no ve nada.

No veo de tu templo
las anchas naves,
tu bendita capilla,
tus frescos suaves.
Con mi amargura
no alcanzo á ver, Señora,
tu imagen pura.

Sepulta noche eterna
mi vida en llanto,
y hoy á tus piés rendida
gozosa canto:
que en mi deseo
con los ojos del alma
todo lo veo.

Yo siento en mi entusiasmo
regocijada,
la inmensa concurrencia
tan animada,
que cada día
á tu templo se acoge,
Virgen María.

Yo escucho cómo laten
los corazones
al dirigirte todos
sus oraciones.
¡Qué dulce encanto
es oír cómo besan
tu Pilar Santo!

Riega constantemente
tu escalinata
una lluvia dulcísima
de cobre y plata.
Yo, Madre mía,
sólo puedo ofrecerte
Mi poesía.

Yo de remotas tierras
aquí he venido,
á cumplirte, Señora,
lo prometido:
y en dulce calma,
un suspiro te dejo
con toda el alma.

Préstame, Madre mía,
gracia y aliento,
para que siempre cante
con dulce acento
gratas memorias,
mis penas y tristezas
y á más tus glorias.

Libra á tus nobles hijos
de peste y guerra,
y torna en paraíso
su fértil tierra:
pues tú, Señora,
eres de todo el reino
la protectora.

Adios, Virgen bendita,
Reina del Cielo,
de los zaragozanos
gloria y consuelo;
que á tus altares
pueda volver la ciega
de Manzanares.

LA CIEGA DE MANZANARES.

Zaragoza 24 Octubre 1874.

A LA SEÑORA

DOÑA DOLORES GARRIDO,
VIUDA DE OROZCO.

SONETO.

Muy buena debéis ser, señora mía,
Cuando mis simples coplas os gustaron,
Y en vuestro álbum precioso se estamparon
Al lado de selecta poesía.

Tanta bondad y fina cortesía
Profunda ha sido la impresión que obraron;
Pues por mi mente rápidas cruzaron
Las dulces ilusiones de algún día.

Si mis antiguos males me dejaran,
A ofreceros iría mis respetos
Sin que los años impedirlo osaran:

Os debo gratitud por dos conceptos:
Y estas son deudas que jamás se pagan,
Que imponen, sí, al deudor nuevos preceptos.

GERÓNIMO COUDER.

5 de Noviembre de 1876.

EN EL ALBUM

DE LA

INSPIRADA POETISA

DOÑA JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

Joaquina, si los ojos
Del alma son espejo,
La tuya debe ser la más hermosa
Eterna emanación del Bien Supremo.

Valiosas perfecciones
Trasparentanse en ellos,
Cristales en que brilla, deslumbrando,
De tu imaginación el vivo fuego.

Indignos de cantarte
Son mi voz y mi plectro.
¡Pluguiese á Dios que remontar pudiera
A más alta región mi pensamiento!

Como el águila osada
Quisiera alzar su vuelo,
Seguirte á las esferas misteriosas
Que tu mente recorre sin esfuerzo.

Mas ¡ay! vana esperanza,
Ilusorio deseo:
No del ave de Júpiter potente
Es el arranque el de mi pobre ingenio:

Ella veloz se aparta
De este oscuro hemisferio;
Se embriaga de luz, al sol contempla
Y la vista recrea en sus destellos.

Mas ve tan sólo un astro
Y ese lo encuentra lejos.
¿Quién resiste el fulgor de tus dos soles
Al vívido irradiar de tu talento?

Madrid 29 Setiembre 1876.

J. TEFON Y RODRIGUEZ.

CANCION DEL ESTUDIANTE.

(Traducción.)

Dime, mi prometida, lo que ocultas bajo tus largas
trenzas negras.

¿Es un copo de nieve caído sobre tí al volver de la
misa de Navidad?

¿Es la espuma del Rhin impulsada por el huracán,
cuando caminabas por sus orillas?

¿Es un cisne de plumaje blanco que acaba de nacer, y
que ya ensancha sus alas?

Si es la nieve de Navidad, deja que la beban mis la-
bios, cuando vuelvo de un largo viaje.

Si es espuma del Rhin, déjame humedecer en ella mis
cabellos castaños.

Si es un cisne que acaba de nacer, déjame llevarle á lo
alto de la montaña.

—No; lo que oculto bajo mis largos cabellos negros, no
es un copo de nieve de Navidad, ni de espuma del Rhin,
ni un cisne que acaba de nacer.

Es el seno de tu prometida, en el que has colocado
esta noche tu cabeza al dormirme.

EDGARD QUINET.

AMOR DE MADRE.

NARRACION ESCRITA

POR MARIA DEL PILAR SINUES.

—Querido amigo, vamos á ver si V. rinde la terque-
dad de esta niña, dijo el jorobado con una imprudencia
increíble: se ha empeñado en no bailar conmigo este ri-
godón.

—¿Y por qué? preguntó severamente lord G...

—¡Eso pregunto yo también! ¿por qué razón me hace
este desaire?

—Caballero, respondió con seriedad lady G... acabe-
mos una broma que ya es pesada por demás: mi hija no
baila ni bailará con nadie; pero aunque bailase con to-
dos los caballeros que hay aquí, no bailaría con V.

—¡Vaya por Dios! ¿y por qué, señora? preguntó el vie-
jo con increíble terquedad.

—Debe V. suponerlo sin que yo se lo diga.

—Pues, amiga mía, no acierte; y así le suplico que se
explique.

Cármén, débil y tierna, empezaba á angustiarse; jamás
había sostenido lucha con nadie; demasiado joven no
había tropezado con personas de la clase á que pertene-
cia la que tenía delante: no había visto antes que hicie-
sen alarde de su deformidad, y que la convirtiesen en
una arma ofensiva para los demás.

Levantó los ojos con terror y se halló por un lado la
mirada severa de su marido, que caía á plomo sobre ella.

Por otro la mirada insultante del duque, que parecía
lastimarla como una sierra.

Enfrente de ella se habían reunido, formando círculo,
varias personas de las que discurrían por los jardines,
atraídas por la novedad de la disputa.

La pobre mujer sintió que le faltaba el valor: entre
tanto repitió el duque su pregunta.

—¿Porqué no puede bailar conmigo esta señorita?

—Caballero, respondió Cármén, en quien pudo más la
indignación que todas las demás consideraciones: —ni
quiere mi hija participar del ridículo de V., ni yo le con-
sentiré, aunque ella quiera, que participe de él. ¡Está V.
satisfecho?

—No señora, contestó el duque, que no se cortaba por
nada ni ante nadie: no estoy satisfecho; antes bien voy
á hacer á V. una pregunta que le parecerá un poco ex-
traña.

—No importa: hágala V.

—Eso es lo que yo digo: —no importa: —¿en una perso-
na como yo, que más da una rareza más ó menos? —ahora

bien: — ¡A V. le parece que bailando conmigo esta señorita participará de mi joroba?

Al oír aquella grotesca é inesperada salida, los circunstantes se echaron a reír en su mayor parte: Carmen se volvió a su marido, y le dijo con gravedad y entereza.

—Amigo mío, deseo retirarme.

—¡Pero señora! ¿de dónde sale V. 3. Puntilla de trenzilla y crochet que no sabe sufrir la broma más ligera é inocente? exclamó el duque cómicamente admirado: ¡yo creí que estaría V. más acostumbrada a los usos de nuestra sociedad!

Lady G... guardó silencio; hizo a su hija una seña para que la siguiese, y se dirigió a la salida del jardín, seguida ella misma por su marido.

En la puerta se hallaron con la embajadora.

—Y qué, amiga mía ¿se retira V. ya? preguntó admirada.

—Sí señora, respondió Carmen; mi hija se siente algo indispueta.

Después de algunas corteses palabras de la señora de la casa, invitando a María a tomar algún descanso en su gabinete apartado, y de las agradecidas excusas del embajador y de su esposa, subieron los tres al carruaje.

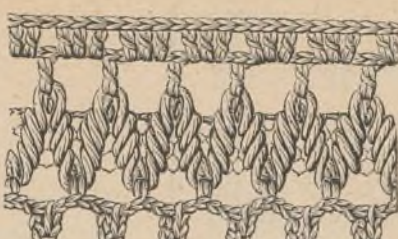
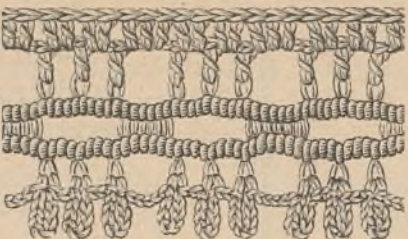
—Amiga mía, dijo friamente lord G... a su mujer: debo decirte que esta noche te has conducido como una aldeana y que estás imposibilitada de presentarte otra vez en sociedad, porque todos te señalarán con el dedo.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que dices? exclamó Carmen más admirada que afligida de lo que oía: ¿qué mundo es ese, que así juzga y castiga?

—Un mundo en el cual es preciso usar de buena educación y ser tolerante: un mundo que no perdona jamás el ridículo.

—Pero amigo mío, ¡por huir del ridículo he obrado así! repuso Carmen estupefacta: ¿no era en efecto ridículo para María y para nosotros, el que bailase con ese jorobado?

Lord G... tardó algunos instantes en responder, como si hubiera estado meditando el modo de que sus pa-



5. Cenefa para el cubre-cama núm. 7.



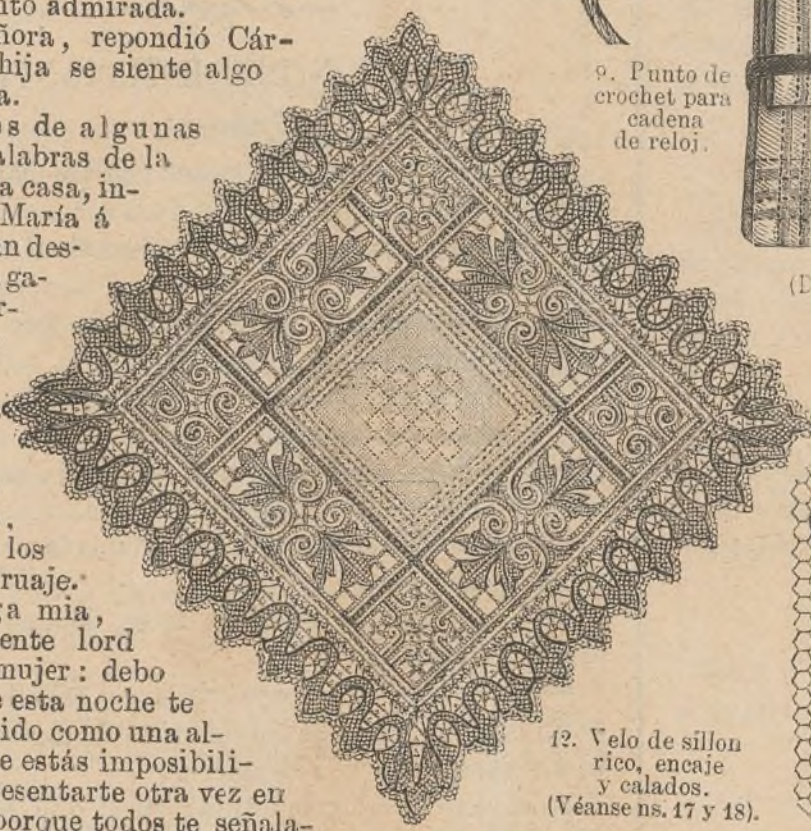
9. Punto de crochet para cadena de reloj.



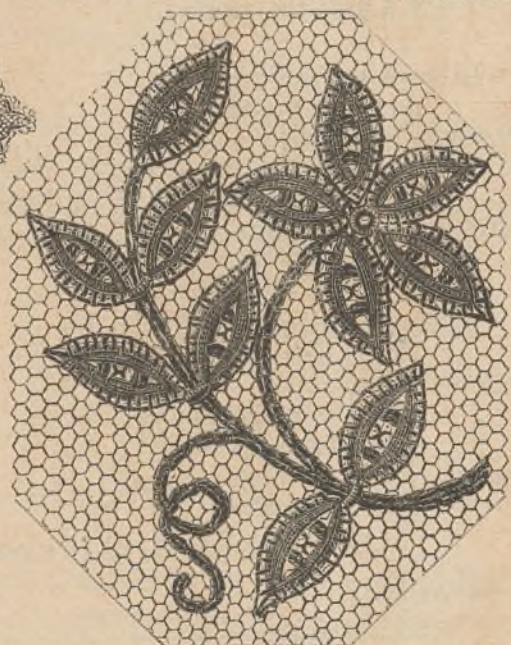
8. Paño de almohada. (Dibujo en el pliego de patrones). (Véase núm. 7.)



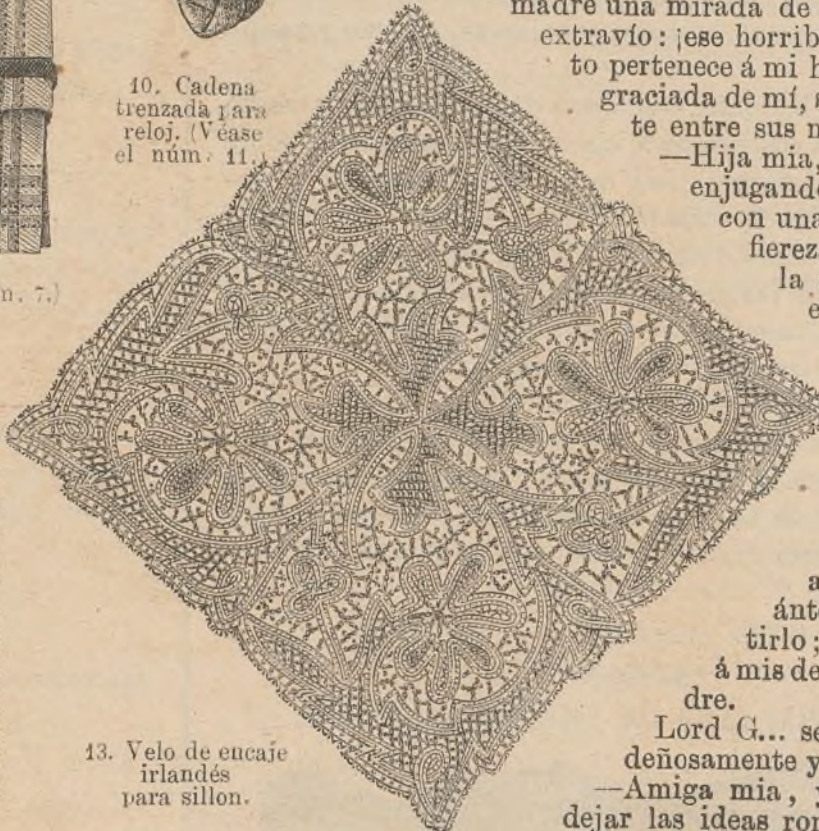
10. Cadena trenzada para reloj. (Véase el núm. 11.)



12. Velo de sillón rico, encaje y calados. (Véanse ns. 17 y 18).



14. Flor de encaje para el fichú núm. 15.



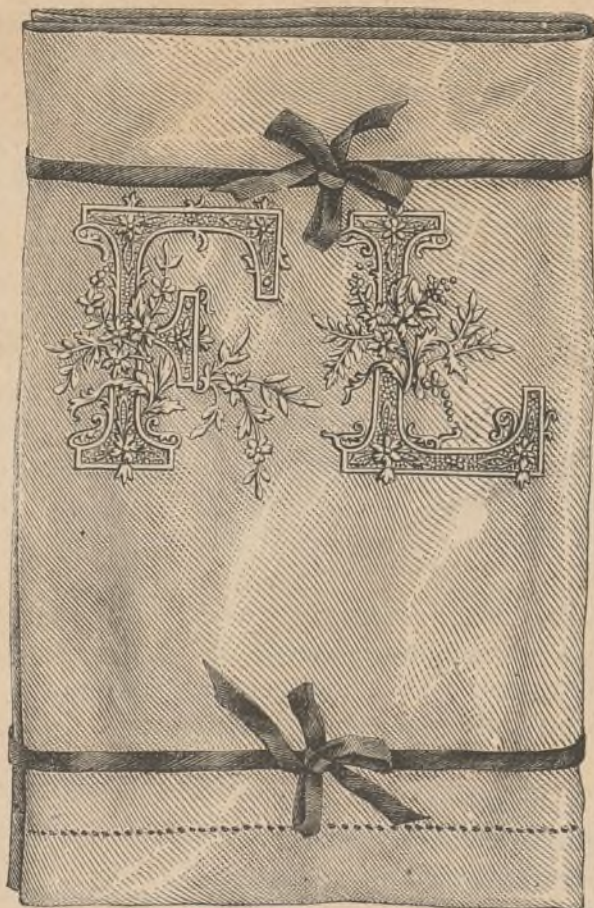
13. Velo de encaje irlandés para sillón.



6. Cubre-cama bordado (Véase núm. 5.)



11. Principio del trenzado núm. 10.



7. Sabana correspondiente al paño de almohada núm. 8. (Las iniciales de tamaño natural, en el pliego del 18 por el derecho.)

labras hiriesen de la manera más cruel a su mujer: al fin dijo lentamente:

—Ese ridículo jorobado, señora, es el futuro esposo de María.

—¡Santo cielo! exclamó Carmen, echándose aterrada hacia atrás; ¡será eso posible!... ese hombre...

—Es el que ha de casarse con mi hija.

—¡Padre mío! exclamó a su vez María: esto es un sueño... ¡un sueño horrible! yo... casarme con el duque...

Y se levantó pálida y convulsa, olvidando que se hallaban en el ámbito reducido de un carruaje.

—Te casarás con él, y serás la esposa de uno de los más grandes señores de España, repuso lord G... sin que se alterase en lo más mínimo su frialdad británica.

—¡Oh! esa idea no es de mi padre, ¡no! gritó la pobre niña, clavando en su madre una mirada de angustia y de extravío: ¡ese horrible pensamiento pertenece a mi hermano! Desgraciada de mí, si está mi suerte entre sus manos!

—Hija mía, dijo lady G... enjugando sus lágrimas con una especie de fiera; no estás sola en el mundo, entre tu padre y tu hermano, te quedo yo, y mientras viva trabaje bajo les ha de costar el sacrificarle; apelaré a todo antes que consentirle: a las leyes y a mis derechos de madre.

Lord G... se sonrió desdenosamente y respondió:

—Amiga mía, ya es preciso dejar las ideas romancescas; es necesario olvidar al visionario y ambicioso Benedicto, que quiere tomar por esposa a María para ser dueño de un caudal, que de otro modo no podía ni aun soñar.

—¡Oh, Dios mío! suspiró María: semejante ultraje a él, tan sensible... tan bueno!

—Las niñas callan cuando hablan sus padres, repuso Jorge G... te casarás con el duque por dos razones: la primera porque de tu boda depende el que tu hermano lleve a efecto la suya con la sobrina del duque, que posee seis millones de dote. El duque le concede su mano en el caso de que yo le conceda a él la tuya; si no, no.

—¡Con que es Osvaldo el que desea a toda costa la desgracia de mi hija! exclamó Carmen.



15. Fichú de tul con flores de encaje irlandés. (Véase núm. 14.)



16. Pañuelo de punto. (Labor al bastidor.)



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª, II. Madrid.



17. Cene
(Vase)

casamiento o
Cármén no
instante á la
portezuela,
pues á su hi

Cerca del
No bien en
treabrió la
le dijo con a

—Señora.
Cármén se
to resorte: n
lo ella, su ca
de baile, y
donde se ha
de la llegada

Tenía pue
blanca, y s
trenzas por

El balcon
primeros ra
brarse sobre
el mármol d

Sin pronu
labra salió o
se dirigió al

Este acab
y había cerr
Cármén llán
Osvaldo dij

—Adelan
Cármén a
y se halló e
Osvaldo, qu
una mesa o
guantes.

El prime
de la desgr
fue arrojars
inglés, levan
unidas y exc
triste y llen

—Osvald
ra mi hija!

—¿Qué es
¿Qué le pasa
ría? pregun
con una sor
ra, ó al mén

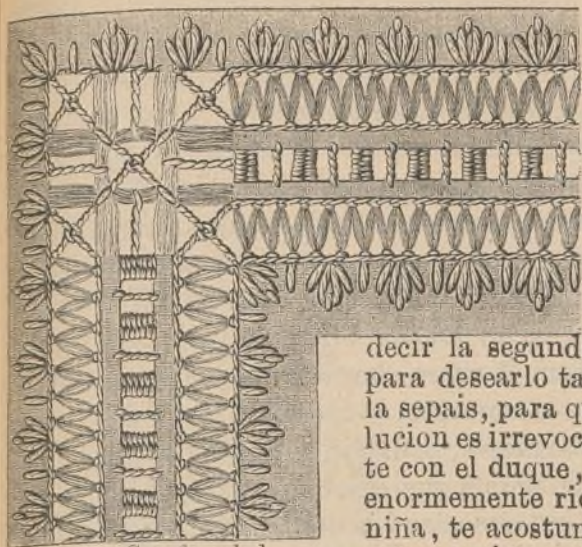
—¡Ah, Os
tener los sol



rece decidid
—¡Ah! ex
prendia por
na de lo qu

—¡Sí! de
escucha. Yo
sado y el q
realice... p
padre, que
car á esa in
sa union, ha
to para qu
después su
da? ¿Es pos
ya le haga
promiso tan
la cabecera

—¡Bah, l
semejantes
tono despr

17. Cenefa calada.
(Véase núm. 12.)

casamiento de unas rentas inmensas y de un fausto regio.

Cármen no pudo contestar porque el carruaje llegaba en aquel instante á la puerta de la embajada inglesa. El lacayo abrió la portezuela, y lord G... bajó dando la mano á su mujer, y después á su hija, con su política fría é inalterable.

VIII.

Cerca del amanecer regresó del baile Osvaldo.

No bien entró, la camarera de lady G... entreabrió la puerta de la habitación de ésta, y le dijo con acente breve y contenido:

—Señora... ya está ahí.

Cármen se levantó como movida por un oculto resorte: no se había acostado; casi sin saberlo ella, su camarera la había despojado del traje de baile, y se había dejado caer en el sillón donde se hallaba cuando llegaron á advertirle de la llegada de Osvaldo.

Tenía puesta una bata de noche de muselina blanca, y sus cabellos negros caían en largas trenzas por su espalda.

El balcon de la estancia estaba abierto, y los primeros rayos de la aurora venían á quebrarse sobre su frente blanca y helada como el mármol de una estatua.

Sin pronunciar una palabra salió de su cuarto y se dirigió al del baronet.

Este acababa de entrar y había cerrado la puerta. Cármen llamó, y la voz de Osvaldo dijo:

—Adelante.

Cármen abrió la puerta y se halló en presencia de Osvaldo, que estaba ante una mesa quitándose los guantes.

El primer movimiento de la desgraciada madre fué arrojarle á los pies del inglés, levantar sus manos unidas y exclamar con voz triste y llena de lágrimas:

—¡Osvaldo... piedad para mi hija!

—¿Qué es esto, señora? ¿Qué le pasa, pues, á María? preguntó el caballero con una sorpresa verdadera, ó al menos hábilmente fingida, ¿qué ha ocurrido?

—¡Ah, Osvaldo! prosiguió la pobre mujer sin poder tener los sollozos que se agolpaban á su garganta; te lo pido por el amor de tu madre...

—¿Pero qué es lo que me pide usted, señora? tornó á preguntar el joven; y tomando la mano de Cármen la hizo levantar y la condujo á un asiento cercano.

—¿Te pido, exclamó Cármen, te conjuro por lo que más ames, que disuadas á tu padre de ese horrible proyecto!

—¿Tiene, pues, mi padre algún proyecto horrible?

—¡Oh, sí! espantoso, y tú lo sabes... en fin, Osvaldo, no te acuso... no me quejo... sólo te ruego que impidas ese odioso enlace que tu padre parece decidido á llevar á cabo.

—¡Ah! exclamó el inglés haciendo como que comprendía por fin: ¡es del matrimonio de mi hermana de lo que se trata!

—¡Sí! de ese maldito proyecto, Osvaldo... escucha. Yo sé que tú eres el que lo ha pensado y el que aconseja á tu padre que lo realice... pero ¿no sabes que tu mismo padre, que ahora se aviene á sacrificar á esa infeliz niña á tan monstruosa unión, ha dado un plazo á Benedicto para que busque riquezas y darle después su mano que le tiene prometida? ¿Es posible que su ambición ó la tuya le haga faltar de ese modo á un compromiso tan sagrado, y contraído además á la cabecera de un moribundo?

—¡Bah, bah, señora! ¿Quién piensa ya en semejantes gentes? preguntó Osvaldo con tono despreciativo: unos pobretones que

—Es Osvaldo, en efecto, el que mirando por la prosperidad de la familia y por el engrandecimiento de nuestro nombre, tiene interés como yo en llevar á cabo estos dos enlaces: pero aún me falta que decir la segunda razón que tengo yo para desearlo también, y quiero que la sepas, para que veas que mi resolución es irrevocable.—Quiero casarte con el duque, hija mía, porque es enormemente rico: siendo ahora una niña, te acostumbrarás á su fealdad, que no niego es muy grande, y en cambio disfrutarás desde el día de tu

19. Silla tijera bordada á cadeneta.
(Véase el pliego del 18 por el derecho.)

mendigaron toda la vida nuestra amistad para darse lustre con ella, y que después concibieron el osado proyecto de entrar en la familia: en cuanto al juramento, mi padre lo hizo, llevado de su nobleza y buen corazón á un hombre que se moría, para que muriese en paz; pero luego el hombre no murió.

—¿Y por qué cuando le vió vuelto á la vida no revocó ese juramento? ¿quién le obligaba á permanecer ligado por medio de aquella promesa? Si hubiera recogido su palabra, mi pobre hija se hubiera ido acostumbrando á mirar esa unión como imposible!

—Eso es lo que debía haber hecho mi padre, milady, y bastantes veces se lo he dicho, pero no me ha hecho caso: en cuanto al matrimonio de María con el duque, ningún partido puede hallar tan ventajoso, ni que proporcione á su familia más honor y consideración.

—¡Basta, hombre cruel y ambicioso, basta! exclamó Cármen en el colmo de la indignación; veo que mi hija no tiene otro apoyo que el mío, ¡pero éste no le faltará!

—Señora, repuso Osvaldo, deteniendo con un ademán respetuoso á Cármen que se había levantado con impetu para salir de la habitación; señora, es preciso hablar para entenderse... ese matrimonio no es la muerte de María; ésta será dichosa en él, estoy seguro de ello, y por eso lo he propuesto á mi padre; y si no, veamos: cuando usted se casó con lord G... podía usted muy bien ser hija suya; pero las riquezas, la brillante posición lo allanaron todo, y según creo no ha sido usted infeliz.

Cármen contestó sólo con un gemido á estas palabras tan humillantes para ella; comprendió entonces cuánto la había odiado siempre el hijo de su esposo, y que ahora se vengaba cruelmente del casamiento de su padre con una mujer de una clase que no creía él correspondiese á la suya.

—Por otra parte, prosiguió Osvaldo, yo mismo me sacrifico más de lo que puede usted suponer, Milady, casándome con Cornelia; es una muchachona más alta que yo y casi tan gruesa, morena, con grandes cejas y una voz varonil; pero ¿qué remedio? el honor de la familia es antes que todo.

Cármen se dirigió á la puerta conociendo que nada debía esperar de aquel corazón de roca.

Poco después de salir ella entró lord G... en el cuarto de su hijo.

—¿Ha venido? le preguntó desde la puerta.

—Acaba de marcharse.

—Lo suponía, dijo lord G... y luego, con una especie de vacilación muy extraña en un hombre de su energía y que manifestaba hasta qué punto le imponía su hijo, preguntó:

—¿Ha llorado mucho? ¿Está muy abatida?

—Está consolada y casi convencida, respondió con osadía Osvaldo; ¡ella cederá! Lord G... salió pensativo y se encerró de nuevo en su cuarto.

En cuanto á Cármen, había ido á la estancia de su hija que se hallaba al lado de su tía.

Miss Arabela la hacía beber una taza de tisana compuesta por ella, y que exhalaba un aroma que hacía honor á su habilidad. María estaba pálida y había pasado la noche presa de una terrible fiebre nerviosa.

Era la fiebre que la había postrado en el lecho á la partida de Benedicto y que había vuelto á aparecer á su regreso del baile.

—¿Qué hay, madre mía? preguntó al ver á Cármen. —He perdido toda esperanza! murmuró lady G... dejándose caer sobre una silla.

María no respondió nada; se dejó caer á su vez sobre las almohadas, y de sus ojos secos é hinchados se desprendieron dos gruesas lágrimas.

IX.

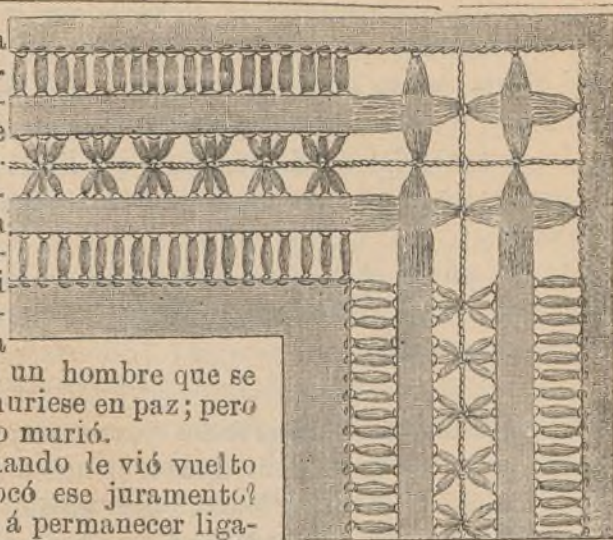
Ocho días después entraron á lady G... una carta.

Al ver la letra del sobre se estremeció; era de Benedicto.

La abrió y decía así:

«Querida madre mía: Perdóname si te doy aún este dulce nombre, al que estoy tan acostumbrado; he llegado á Cádiz, pero enfermo; permaneceré aquí el tiempo necesario para recobrar la salud y luego saldré para la Habana,

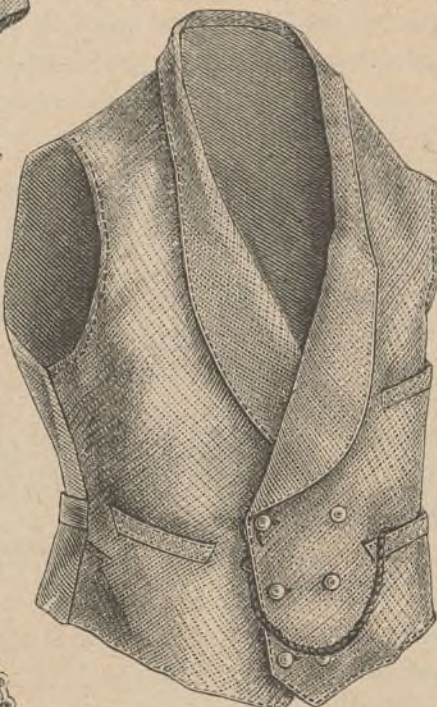
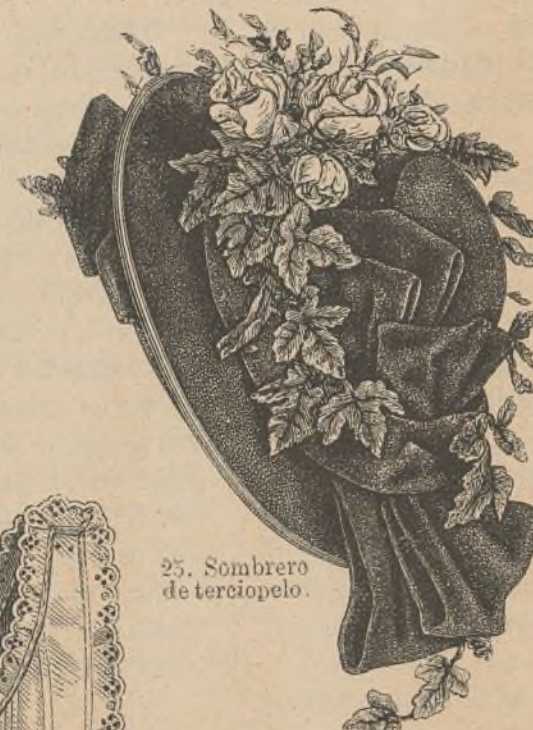
ofrecida en el núm. anterior.

18. Cenefa calada.
(Véase núm. 12.)21. Coraza para niña.
(Véase núm. 22. Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VI, figs. 23 á 27.)

20. Camiseta de lana para niño.



22. Espalda de la coraza núm. 21. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VI, figs. 23 á 27.)

23. Chaleco para caballero.
(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. IV, figs. 46 á 48.)

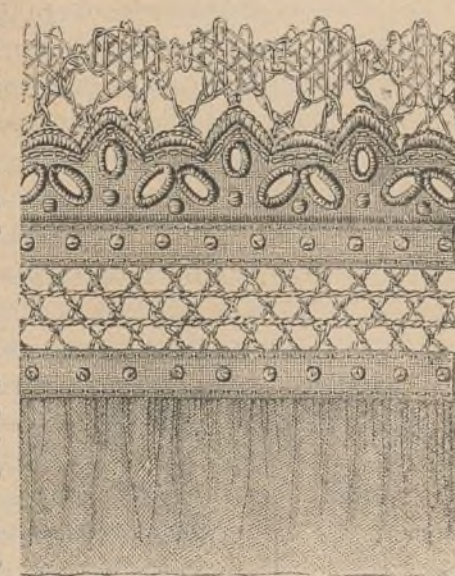
25. Sombrero de terciopelo.

26. Camisa de vestir para señora.
(Véanse los núms. 27 y 28. Patron: pliego del 18 por el revés, núm. III, figs. 44 y 45.)

27. Cenefa bordada para la camisa número 26.



29. Dibujo de la arandela.



28. Adorno para la camisa núm. 26.

donde moriré ó conseguiré la fortuna sin la cual no puedo ser dichoso.

—¿Y María, sufre, llora, se acuerda de mí? Si tú, querida madre, me das permiso para que siga escribiéndola como hacía antes del cruel desengaño que he experimentado, dentro de la primera carta que te escriba irá otra para ella.

—Hoy no puedo más... mi corazón llora sangre... la angustia me mata... No olvides, y cuida de que no olvide María al desgraciado

BENEDICTO.

Cármén abrió mucho sus grandes ojos negros, y en ellos brilló un rayo de gozo; allí estaba el único medio, la única esperanza de salvar a María; este medio, esta esperanza era Benedicto. Benedicto detenido en su camino por la enfermedad, ó mejor dicho, por la mano de la Providencia.

Cármén sufría horriblemente desde hacía ocho días; durante ellos su esposo la había obligado a ir a casa del duque para visitar a la futura esposa de Osvaldo; el duque y sus sobrinas no salían ya de casa de lord G... y la pobre María adelgazaba como una sombra y pasaba los días entregada al llanto y a la desesperación.

Lady G..., en el arretrato de su gozo, tomó la pluma y escribió rápidamente y con mano calenturienta algunos renglones desiguales; decían así:

—Benedicto, ven en cuanto recibas esta. Osvaldo, el ambicioso Osvaldo, quiere casar a María con un ser repugnante... espantoso, y su padre está ya convencido por él... Apresúrate, porque el día del enlace se acerca y quizá no sobreviva a él tu infeliz madre.

CÁRMEN.

Lady G... pidió su coche, salió y puso ella misma esta carta en el correo; a la vuelta pasó por una iglesia y entró en ella para dar gracias a Dios por haberle enviado este pensamiento salvador; pero la oración disipó las tinieblas de su delirio, y se espantó de lo que acababa de hacer.

En efecto, ¿qué resolución tomaría el impetuoso, el exasperado Benedicto? El era capaz de todo por vengarse y por recobrar a María, ó al menos por no dejársela arrebatada por su hermano.

Lady G... permaneció allí largo rato; arrodillada sobre el helado mármol de la iglesia no sentía correr el tiempo; parecía que una mano de hierro la clavaba en aquel sitio. Dió, por fin, la hora en que las iglesias se cierran, y el sacristán se acercó a decirle que se retirara; ella alzó la cabeza como si saliera de un sueño penoso, se levantó con trabajo y echó a andar hacia la puerta, subiendo maquinalmente al coche.

Cuando éste se detuvo a la puerta de la embajada abrió la portezuela el lacayo; pero Cármén no bajó ni se movió siquiera; estaba desmayada.

Transportada a su cuarto y acostada en seguida, fué acometida de una fiebre violenta, y la buena Arabela la oyó exclamar muchas veces:

—¡Dios mío, qué será de mí, qué será de mi hija... qué será de todos nosotros!

Dos ó tres veces durante la noche quiso arrojarle del lecho, y contenida por Arabela y por su hija que no se separaba de la cabecera de su cama, gritaba:

—¡Dejadme... dejadme!... ¡Quiero recoger esa carta... que me devuelvan esa carta... la quiero... la necesito!...

La postración más profunda seguía a estos accesos que ni su hija ni la inocente miss podían comprender.

Pero cuando entraba en el aposento lord G... ó su hijo, un temor invencible, mortal, cerraba sus labios; entonces no se atrevía ni a murmurar una palabra ni a dejar escapar un suspiro, y parecía esperar su sentencia de muerte con un terror pánico y supersticioso.

La pobre mujer tenía razón en temer; una tempestad de sangre y lágrimas se formaba sobre su cabeza y la sentía venir y aproximarse a ella y a todos los que amaba.

Siete días más tarde se ejecutaba en el teatro del Príncipe una de las mejores obras del repertorio antiguo.

Desempeñábanla los primeros actores, y la sala del coliseo se hallaba completamente llena.

Un joven pálido, enflaquecido y vestido de negro se sentó en la primera butaca de una fila, y pareció esperar con calma la representación.

Este joven tenía una fisonomía espiritual y simpática; era muy moreno, y sus cabellos y sus ojos eran negros y magníficos.

Poco después de haberse sentado él llegó Osvaldo; la butaca a que estaba abonado se hallaba situada en la misma fila que la que ocupaba el joven vestido de luto.

—Caballero, le dijo éste con acento hostil y agresivo, me ha pisado V.

Osvaldo iba a responder el usual *usted dispense*, pero miró casualmente el semblante del que le hablaba, admirado del eco de su voz.

Conoció a Benedicto y se encogió de hombros con desden.

El joven se levantó como un tigre mordido por una víbora, y antes de que nadie se apercibiera de ello descargó una terrible bofetada en la mejilla izquierda de Osvaldo.

El ultrajante golpe resonó en todos los ámbitos de la sala.

—¿Qué ha sido?

—¿Qué sucede? preguntaron varias personas.

—Un joven vestido de luto que ha abofeteado al hijo del embajador inglés.

—¿A ese rojo que es tan necio como vano?

—¿Al protegido del duque de Z...?

—Al mismo.

—Me alegro; alguna vez había de encontrarse con lo que necesita...

—Es cierto.

—De fijo que ese joven vale más que él.

En tanto que se hablaba así, de propósito ó sin advertirlo abrieron paso a Benedicto: éste, antes de salir de la sala, dijo en voz baja a Osvaldo que furioso se había vuelto para devolverle el golpe que de él había recibido: —Al amanecer en las tapias del Retiro.

Dicho esto desapareció.

Osvaldo volvió a su casa, entró en la habitación de su padre, que se hallaba en ella, y con voz sofocada por la cólera le contó lo ocurrido.

(Se continuará.)

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

CAPITULO III.

Existe una bellísima ciudad que se espeja graciosamente en el caudaloso río que la divide en dos partes, y se embriaga con el perfume de los mil bosques que la cercan. Levántase majestuosa sobre un terreno sembrado de colinas, y esta misma desigualdad permite disfrutar, desde su recinto, del más sorprendente panorama. No menos sorprendente es el paisaje que ofrece de lejos: una reunión inmensa de edificios de toda clase de arquitecturas, y en el centro una pirámide de doradas cúpulas, una infinidad de torres coronadas de cruces, y otras en forma de minaretes y de estilo gótico, recuerdan a la vez los monumentos del Asia y los de Europa. Este dilatadísimo núcleo de edificios, está sombreado por el verdor de los árboles centenarios de sus magníficos jardines, y de sus paseos públicos, más magníficos todavía.

Esta ciudad, a la cual pudiéramos con razón llamar ciudad de las maravillas, es Moscú, y en el año 1604 la residencia fastuosa de los czares.

Pero en el momento en que conducimos al lector a su dilatado recinto, no reinaban en ella el ruido y la algazara propias de una ciudad tan populosa: lejos de esto, su letal silencio parecía más bien indicar que aquella inmensa ciudad era la ciudad de los muertos. La naturaleza entera armonizaba con aquel lúgubre silencio. El cielo tenía un color ceniciento y estaba surcado por negras nubes, que interceptaban totalmente los rayos del sol, próximo a su ocaso: los bosques sólo presentaban la confusa aglomeración de desnudos troncos, y si alguna hoja ostentaban, era seca ó se inclinaba casi marchita hacia la tierra. El Moskova corría murmurando por su cauce, sin arrastrar consigo el pétalo oloroso de ninguna flor, ni hallar a su paso ningún arbusto que le prestase sombra. Por todas partes se veía grabada la imagen de la desolación más espantosa.

Cuanto más eleva el cedro su altanera frente, más evoca el rayo que debe derrumbarlo. Las grandes catástrofes se manifiestan con todo su terrible esplendor en las ciudades poderosas.

El hambre, como hemos dicho ya, afligía a Rusia; pero el hambre se cernía con más infernal complacencia sobre Moscú y la devastaba. Refieren las historias, que en aquella época calamitosa se hallaron en sus calles hasta 127.000 cadáveres, guarismo enorme que no le hubiera parecido sin embargo tal, al que hubiese penetrado entonces en la desdichada ciudad, y hubiese visto las errantes sombras que de vez en cuando turbaban su silencio.

¡Cosa extraña! Los bosques estaban sin hojas, las praderas sin flores, y las calles de Moscú ostentaban una alfombra de musgo que ofrecía un lecho a los lívidos cadáveres.

Cerradas estaban todas las tiendas, las oficinas públicas abandonadas, y sólo las desiertas casas de los mag-

nates se veían abiertas, sin que nadie intentase violarlas y ampararse de los tesoros que encerraban ¡Ay! una enorme barra de oro no vale una migaja de negro pan para el que tiene hambre, y nadie ambicionaba las riquezas desde que con ellas no podía alcanzar su sustento. Cuadros horribles y repugnantes eran los únicos que se ofrecían a la vista: mujeres pálidas, sucias, desgredadas, que erraban sin objeto y con paso vacilante; haraposos mendigos, que de vez en cuando se detenían para cebarse como los vampiros en la sangre de los cadáveres con los cuales tropezaban. A veces ahogaban a los agonizantes, impacientes por devorarlos, y otras, revolviendo contra sí aquel furor carnívoro, se daban la muerte para acortar la inaguantable agonía que estaban sufriendo. A veces eran ancianos octogenarios los que asistían con la impasibilidad de la desesperación a la muerte de sus idolatrados nietecillos; a veces eran madres, que arrancaban el último pedazo de pan a sus hijos para calmar el hambre que las devoraba. Cuando las grandes catástrofes agotan el sufrimiento, el hombre vuelve a entrar en la esfera de los brutos y todo lo subordina a sus sensaciones animales. En todas las mentes sólo germinaba una idea, todos los labios sólo sabían pronunciar una palabra, todos los corazones palpitaban a la imagen de un solo objeto. ¡Pan! ¡pan! gritaban los infelices sollozando, ¡pan! ¡pan! era la última frase que articulaban los moribundos. Todos los lazos de la naturaleza y la sociedad se habían roto repentinamente.

El hermano olvidaba al hermano, la esposa a su esposo, la madre a sus hijos. El avaro arrojaba a la multitud sus inútiles tesoros por un poco de alimento, el ambicioso sus blasones, y hasta el sabio las obras de sus constantes vigiliat. ¡Pan! ¡pan! gritaban todos formando un doloroso concierto, ¡pan! ¡pan! repetían sin cesar los ecos de los montes.

La desgracia forja sus cadenas con eslabones de hierro, y en pos del uno viene necesariamente el otro.

Como las espigaderas van en pos de los segadores para recoger los granos olvidados, un cortejo de mortíferas enfermedades seguía las huellas del hambre, para arrebatrar las vidas que ella perdonaba, y las víctimas hacinadas ya no tenían aliento ni siquiera para implorar al cielo. Caían una en pos de otra, cual las hojas de un árbol arrancadas por un viento tempestuoso.

Como para las ciudades malditas, parecía que se había agotado para Moscú la inconmensurable piedad del infinito en misericordia.

Para completar este horrible cuadro, las fieras, acosadas por el hambre, huían de sus guaridas, y atraídas por el olor de los cadáveres se introducían en la abandonada ciudad y mezclaban sus rugidos con los ayes de los moribundos.

Ya no eran elegantes caballeros montados en briosos corceles, ni damas ataviadas con espléndida magnificencia los que recorrían las calles de la imperial ciudad, sino manadas de tigres y carnívoros lobos que completaban la obra de destrucción empezada por el hambre y por la peste.

¡Ah, cuando tales calamidades afligen a un pueblo, preciso es creer que enormes é impunes delitos han evocado la justicia cólera celeste!

Como hemos dicho, el sol oculto entre siniestras nubes descendía lentamente al ocaso, y el sepulcral silencio de la ciudad iba aumentándose hasta lo infinito. Ninguna luz venía a disipar las sombras, que los altos edificios empezaban a proyectar sobre las calles; ninguna voz humana se atrevía a turbar el reposo de los muertos.

Sólo en las altas almenas que circuyen el Kremlin se veían algunos Strelitz apoyados en sus picas, colocados allí más bien para defender la entrada a las bestias salvajes, que para custodiar el tesoro regio y la persona de su soberano contra los ataques del pueblo.

Es el Kremlin, que primitivamente componía toda la ciudad, un polígono regular flanqueado de una torre en cada uno de sus ángulos.

En su recinto están los magníficos palacios de Belveder, construido bajo el reinado de Ivan III, en 1587; el Imperial, el Anguloso, sin duda llamado así por estar revestido de piedras cortadas en facetas, y otros muchos edificios notables por su severa arquitectura y sus colosales proporciones. Entre ellos descuellan varios suntuosos templos y el soberbio convento de la Asunción.

En medio de la desolación universal, sólo el Kremlin daba indicios de ser habitado por seres humanos, y al través de las ventanas del palacio de los czares, fulguraban algunas pálidas luces.

En uno de sus salones ricamente entapizado, hallábase un hombre, cuyo traje armonizaba perfectamente con la magnificencia de la estancia, pero que sin embargo escondía su cabeza entre las manos, y soltaba de vez en cuando profundísimos suspiros.

No lejos de él veíase un reclinatorio sobre el cual des-

collaba una imagen del Crucificado, alumbrada por la vacilante llama de una lámpara de plata, y al lado de la efigie del Salvador, un libro abierto y un rosario de oro engarzado de piedras preciosas, daban indicios de que acababa de elevarse al que es consuelo de los afligidos una fervorosa plegaria. Pero el ángel que recoge las oraciones de los mortales para llevarlas hasta el trono del Eterno, no debía haber descendido á aquella estancia, ni difundido en ella su suavísimo perfume, por cuanto la desesperación de aquel hombre era muda y sombría, como sombrías y mudas eran las calles de Moscu.

Entregado á su dolor no había advertido que el crepúsculo había sucedido al día y al crepúsculo la noche: tampoco había observado que se había levantado un fuerte viento que conmovía hasta los cimientos las macizas paredes del edificio.

De repente las mil campanas de Moscu, agitadas por el huracán, hirieron el aire con sus metálicas lenguas, y todos los ecos repitieron sus tañidos.

Aquel hombre se puso instantáneamente de pie. Su semblante marchito se inflamó con el ardor de una súbita esperanza: sus ojos sin brillo cobraron nueva vida.

—¡Las campanas! exclamó con un gozo febril, ¡las campanas! hace seis meses que no las oía...! ¡Si habrá resucitado mi pueblo! ¡Si me habrá Dios perdonado...!

¡Ah, la alegría me trastorna la razón...!

¿Quién sabe? ¿no es Dios Todopoderoso? ¿no está en su mano el obrar milagros?

Y corrió desatentado á la ventana.

El Kremlin estaba silencioso como siempre; ningún ruido se oía en la ciudad; sólo entró una violenta ráfaga de viento y derribó la lámpara.

Aquel hombre pareció herido del rayo, extendió los brazos hacia el cielo, lanzó un grito y cayó exánime sobre el pavimento.

Casi en el mismo instante movieron los tapices que cubrían un apartado ángulo de la pared, y una sombra penetró en la estancia. Era una mujer.

Adelantóse rápidamente á pesar de la oscuridad, y sus pies pronto tropezaron con el inanimado cuerpo.

Una siniestra sonrisa entreabrió entonces sus labios, y murmuró con sarcasmo:

—¡Siempre el mismo! ¡débil como una mujer! ¡incapaz de fijar sus miradas en el rayo que serpentea sobre su cabeza!

Alejóse al decir estas palabras y volvió á aparecer algunos instantes después, trayendo en sus manos una lámpara encendida.

Aunque las rosas de la juventud no realizaban sus mejillas, era una mujer de sorprendente hermosura, tal como jamás tal vez habían contemplado humanos ojos.

Sólo podía reprochársela demasiada elevación en su estatura, demasiada dignidad en su porte.

Sus ojos eran negros, negra como el ébano su cabellera, blanca como el alabastro su tez, fabulosamente breves sus pies, sus manos y su cintura, delicados y voluptuosos todos sus contornos.

Pero su mirada tenía un torvo brillo que abrasaba el alma, sus negras cejas sólo estaban divididas por profundas arrugas que demostraban el hábito de fruncirse, y su sonrisa tenía algo de siniestro.

De todos modos, su belleza, aunque podía llamársela satánica, era una belleza que sojuzgaba, é imposible parecía verla y no caer de rodillas á sus plantas.

Largo rato contempló el cuerpo que yacía delante de ella sin movimiento, y por fin, dándole un ligero golpe con el pie, exclamó con acento imperativo:

—¡Boris, despierta! ¡Qué dirán tus esclavos cuando entren y contemplen á su señor en tal estado! Desecha tu cobarde miedo; despierta!

Su voz tenía un timbre pausado y metálico que hería extrañamente el alma.

Aquel á quien llamaba Boris hizo un movimiento convulsivo, abrió los ojos y los fijó con espanto en aquella mujer que permanecía delante de él con los brazos cruzados y con el ademán altivo de una reina.

Boris se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en sollozos.

—¡Hé ahí el poderoso dueño á quien la Rusia teme y acata de rodillas! exclamó aquella mujer con punzante ironía, héle ahí llorando como un débil niño, héle ahí rogando á Dios cuando su pueblo perece de miseria, cuando necesita un brazo de hierro que lo levante de su postración y que le infunda aliento.

¡Reza, imbécil, reza, mientras el hambre se ceba en tus vasallos, mientras las turbulentas facciones abrasan tus ciudades y despedazan tu régia vestidura!

¡Oh, si Missolaf y Terpscoff penetrasen en este recinto y viesen al rey, á quien todavía respetan, vertiendo estéril llanto, cómo enarbolarian la bandera de la rebelión y se desdenarían de servir á tan mezquino dueño!

Guárdate fantasma de rey, guárdate, no sea que la

vergüenza de amar á tan abyecto sér, me haga por fin romper los débiles lazos que me unen aún á tí y te abandone.

Boris irguió la cabeza al oír estas palabras como si un dardo de fuego hubiese penetrado repentinamente en su alma.

(Se continuará.)

ZOOLOGÍA.

EL GOBIO.

El gobio (cothus gobio) es un pez de siete pulgadas de largo, el vientre blanco y el resto de color oscuro, con manchas negras en el lomo, la cabeza grande, los ojos en medio de ella, el cuerpo armado de espinas y cubierto de una especie de mucosidad muy pegajosa.

Los gobios suelen ser muy comunes en las aguas dulces, viviendo en los arroyos y riachuelos donde las hierbas acuáticas crecen en abundancia. Su cuerpo comprimido lateralmente y atenuado en forma de huso, es muy apropiado á la rapidez y gracia de sus movimientos. Para favorecer la natación, en vez de la aleta ventral de los demás peces, está provisto de una espina fuerte, acerada y hueca que se separa del cuerpo á voluntad del animal. El lomo está cubierto de unas placas huesosas, en las cuales se articulan espinas libres que se aplanan cuando el pez está tranquilo, y se erizan en el momento de atacar, ó cuando se ve amenazado.

Los gobios por punto general viven en bandadas, algunas de las cuales son muy numerosas. Los insectos, los gusanos, los moluscos y el desove de pescado constituye su alimento habitual. Su voracidad es tan grande, que se ha visto gobio que devoró setenta y cuatro peces recién nacidos, pertenecientes á la especie conocida vulgarmente con el nombre de *yaculo*.

Gracias á la abundancia de estos peccecitos en nuestras aguas dulces, algunos observadores han podido estudiar sus costumbres, llegando á descubrir algunos actos verdaderamente sorprendentes.

Estos hombres estudiosos se han deleitado en seguir á los gobios en sus caprichosas evoluciones, contemplando su humor irascible, el juego de sus espinas en el ataque y en la defensa, su modo de cazar, sus combates entre sí y con otros animales. Las costumbres de los gobios, interesantes siempre, son admirables durante los meses de Junio y Julio, en cuya época se disponen á la reproducción.

Varios naturalistas han descrito y admirado la industria y el ingenio de estos pequeños habitantes de las aguas dulces; pero Mr. Coste, en particular, es quien ha estudiado en el Colegio de Francia sus nidos y su incubación. Los curiosísimos datos que insertamos á continuación están tomados de una memoria de este sabio, que ha visto la luz pública en una obra de la Academia de Ciencias.

En los primeros días del mes de Junio, el macho busca un sitio que le convenga, donde se fija definitivamente. Luego practica un hueco en el légamo, dentro del cual va colocando hebras de hierbas acuáticas, que suele ir á recoger bastante lejos; con esos restos de vegetales empieza á formar una especie de tapiz. Mas como los materiales que constituyen esta primera parte de su edificio pudieran ser arrastrados por la corriente, tiene la precaución de tomar con su boca cierta cantidad de arena que deposita sobre las hebras. A fin de dar luego alguna cohesión á estos elementos, los comprime con el peso de su cuerpo y les da un baño de una mucosidad que se desprende de su piel. Para ensayar si todas las partes están unidas suficientemente, el gobio agita con rapidez su nadadora pectoral, produciendo corrientes que dirige contra el nido. Si observa que las hebras se separan, las hunde con el hocico, las renue, allana y envisca de nuevo. En este estado de cosas, nuestro pequeño arquitecto, digno rival de las hembras de las aves, escoge materiales más sólidos, como son pajas y raíces que fija en la superficie y en el fondo de la primera construcción, pero siempre paralelamente y en sentido longitudinal, de modo que uno de sus extremos corresponderá más tarde á la entrada y otro á la salida de su domicilio.

Luego de haber formado el piso y las paredes laterales de su casa, se ocupa del techo, que construye con los mismos materiales y mediante iguales maniobras, teniendo cuidado en dejar una abertura muy limitada y cuyo borde queda artísticamente unido.

Construido de este modo, el nido del gobio forma una bóveda redondeada, de unos diez centímetros de diámetro; pero el nido no permanece mucho tiempo con una sola abertura, pues el macho ó la hembra hacen otra, traspasándolo de parte á parte.

Hay otros gobios más pequeños que en vez de hacer

sus nidos en medio del légamo, los cuelgan de las ramas de los vegetales acuáticos, siendo mucho más receptivos para ocultarlos.

El macho va á recoger con su boca una buena cantidad de tejidos acuáticos para amontonarlos en el sitio elegido y sujetarlos en los puntos que deben servirle de apoyo. Cuando estos materiales forman una masa suficiente, introduce en ella su cuerpo, quedando envuelto completamente; luego atraviesa la masa con lentitud, sacudiéndose y ejecutando sobre sí mismo un movimiento de rotación. A medida que verifica esta operación, los tejidos que le rodean, unidos por el rozamiento de su cuerpo, se arrollan á su alrededor en fibras circulares, y el nido toma la forma de un manguito. Cree Mr. Coste que esta disposición en fibras anulares proviene de las muchas hileras de espinas que cubren su cuerpo, obrando circularmente, como las puas de las máquinas que sirven para peinar la lana.

Cuando la construcción está bastante adelantada para recibir los huevos, el macho, vistiendo el traje de boda, por decirlo así, corre á colocarse en medio de las hembras. Su aspecto ha perdido la palidez habitual: su lomo, antes de color agrisado, pasa por los matices sucesivos de verde, azul y plateado. La hembra sigue al macho, quien precipitándose en su nido, mete la cabeza en la abertura, la ensancha y cede el puesto á la hembra, la cual se acomoda á su vez. Allí permanece dos ó tres minutos, pone los huevos y sale del nido atravesándole de parte á parte. El macho entra de nuevo, resbala sobre los huevos; y vuelve á salir al momento, para traer sucesivamente y por espacio de varios días la misma hembra ó otras que estén dispuestas á poner, ayudándolas en este doloroso acto y meciéndolas con el hocico, como para animarlas.

De esta manera se convierte el nido en un abundante almacén de la posteridad gobiana, en que los huevos amontonados llegan á formar un bloque voluminoso. Sin embargo, las hembras ya no se cuidan más de los huevos. Muy lejos de eso, quisieran devorarlos. Entonces el gobio padre, el constructor del nido, el que ha conducido y auxiliado á la madre ó á las madres, es quien toma á su cargo el resguardo de la futura generación, lo que desempeña á maravilla.

Nuestro celoso conservador empieza por fortificar su nido, cubriéndole con piedras cuyo volumen es algunas veces de la mitad de su cuerpo, impidiendo la entrada á todo ser viviente; bien que deja abierta la puerta para hacer entrar por ella continuas corrientes de agua, con el rápido movimiento de sus nadaderas pectorales. Estas corrientes tienen probablemente por objeto, según Mr. Coste, lavar sin interrupción los huevos, para impedir que se depositen sobre ellos las algas, las cuales detendrían su desarrollo. Véase asimismo ahuyentar bruscamente á los demás gobios que intenten acercarse al nido para atacarlo. Si los saltadores no pasan de cuatro ó cinco, los rechaza con la fuerza; pero si el enemigo aumenta, hace lo que dicta la prudencia, acudiendo á la astucia y practicando varias evoluciones. No obstante, no siempre sale bien librado de sus combates y artificios. Mr. Coste ha visto algunos individuos ocupados en volver á empezar su nido cinco veces consecutivas. Cuando el macho ha logrado conservar su nido hasta el momento en que la prole está á punto de nacer, duplica su celo: quita las piedras para que el agua entre con más facilidad, multiplica las corrientes y remueve los huevos que tan pronto suben á la superficie, como descienden al fondo.

Cuando los pequeñuelos, después de quince días de cuidados y de fatiga han podido nacer por fin, todavía el padre tiene que protegerlos por mucho tiempo; pues su voluminoso vesículo umbilical los hace tan torpes y pesados, que les sería imposible escapar de sus enemigos. Así es que no permite que ninguno de los recién nacidos salve los límites de su cuna. Si alguno de ellos lo intenta, lo toma en seguida con la boca y lo vuelve á domicilio. Cuando el número de desertores aumenta, coge varios á la vez, sin causar daño á ninguno. A medida que van creciendo, el padre les ensancha el círculo de sus ejercicios; pero entonces la vigilancia es más difícil y por lo mismo más activa. Véase sin cesar ir y venir, dice Mr. Coste, á semejanza del mastín de los pastores, que continuamente da vueltas alrededor del ganado, vuelve al redil las ovejas extraviadas, y está siempre dispuesto á defenderlas de cualquier ataque.

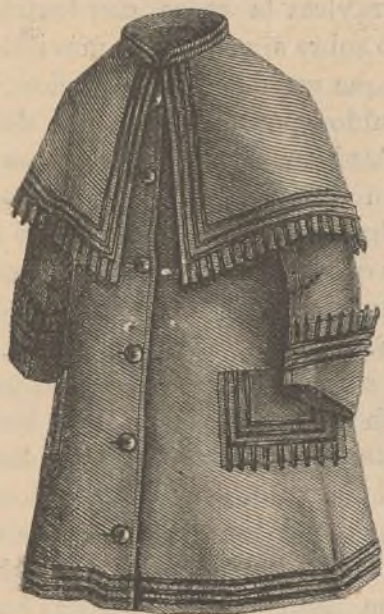
Todos estos afanes duran aún quince ó veinte días. Entonces el padre los abandona, y recobra sus costumbres habituales entre los demás individuos de su especie.

¡Cosa notable! Ese padre que construye el nido, que asiste á las hembras, que cuida los huevos, que defiende y guía á los pequeños, vive en una abstinencia casi completa durante los largos días de la nidificación, incubación y educación.

L. FIGUIER.

CORRESPONDENCIA.

En mi casita rústica.—Ojalá, señora mía, que mi humilde palabra pudiera producir en todas las almas el bien que, según me dice, ha producido en la suya. Al alejarse de nosotros la fe religiosa, se lleva la fe moral. La ausencia de la fe religiosa seca poco a poco a la so-



30. Paletot con esclavina para niño. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VII, figs. 28 á 32.)

ciudad y la convierte en polvo.

Elisa.—Un trajecito de terciopelo blanco guarnecido de skung será muy elegante para su pequeña; pero yo preferiría hacérselo de paño grueso ó matalassé, por ser de más abrigo, y porque no es prudente acostumbrar á las niñas á llevar prendas de tanto lujo.

C. Q. S.—Reciba V. mil afectos de su cariñosa amiga. Sin duda que la arreglarán á V. muy bien sus guarniciones de blonda, haciendo un rico velo; pero sale algo caro, no pudiendo fijar su precio hasta que la enajera vea en qué estado se hallan.

Carlota.—Dice la princesa de Salm-Dyck, que la conversación de las mujeres es como el plumon con que se acostumbra envolver los objetos de porcelana: no es nada, y sin él todo se rompería.

U. M.—La ejecución del gorrito es muy sencilla. Se hilvana la trencilla estrechita sobre el papel, cogiendo éste con las puntadas; se van formando los óvalos, y luego, para darlos consistencia, se pasan los hilos largos que marca el dibujo, contorneándolos con la misma hebra. Sin embargo, creo que la será á V. más fácil calcar el dibujo sobre batista, seguir con la trencilla todos los contornos, recortar cuidadosamente la tela del centro de los óvalos, dejando que queden las hojas mates, es decir, de batista, y pasar las hebras contorneadas por donde marca el dibujo.

R. M. de A.—En nuestro periódico hallará muchas tiras



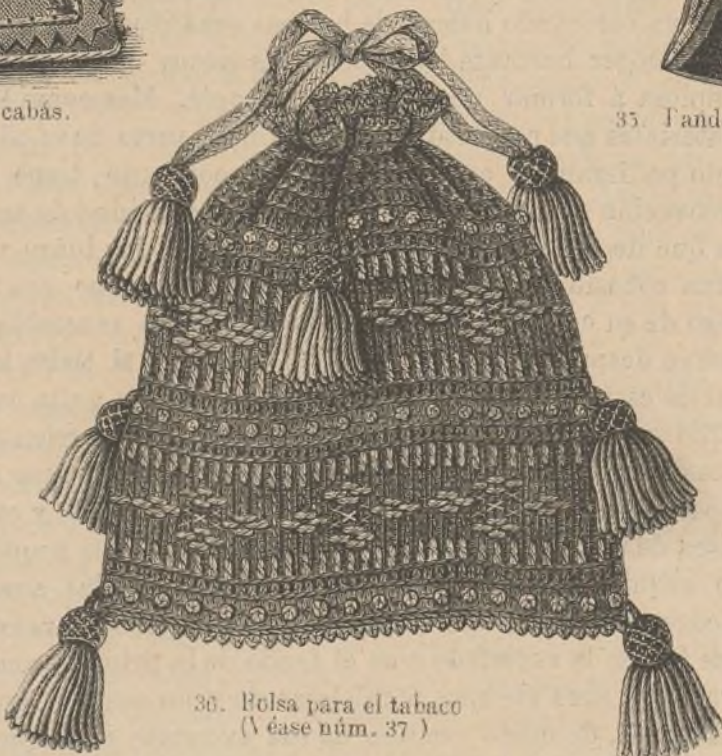
32. Cuadro de encaje irlandés para antimacasares, acericos, etc.



33. Vide poche. Mosaico de maderas.



34. Limpia plumas en forma de cabas.



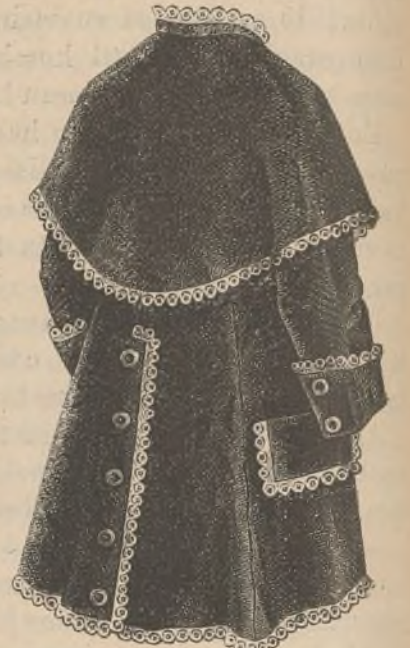
35. Bolsa para el tabaco (Véase núm. 37.)



36. Fandaja y cepillo para la mesa.

adornado con bieses de reps, borlas y botoncitos pequeños, de los cuales se ponen tres carreras por delante, á cada lado. Además de la limosnera, lleva un bolsillo triangular en el pecho, por el que asoma rico pañuelo de encaje. Cuello y puños de holandá, corbata de encaje. Sombrero de fieltro con largo velo de gasa azul, rodeado á la copa, y una pluma verde en el costado.

cándolas, cuando se ponen, delante del amo de la casa; las servilletas se marcan en un ángulo, á menos que no sean adamasadas y haya en el centro un medallón á propósito para colocarlas. Las camisolas se marcan bajo la pata de delante, si llevan tira; si no, debajo del brazo, cerca de la costura.



31. Espalda del paletot núm. 30. (Patron: pliego del 18 por el revés, núm. VII, figs. 28 á 32.)

Clotilde.—Para lavar los objetos de lana, siga V. exactamente la receta que hemos publicado tantas veces. Haga V. agua de jabon, y cuando esté hirviendo, sumerja los objetos que desee lavar, sin torcerlos ni frotarlos; sáquelos V. y sumérjalos en agua clara y fría, procediendo del mismo modo; extiéndalos V. y déjelos secar. Si hay necesidad, se planchan todavía húmedos; pero lo mejor es estirarlos bien.

M. J. La colcha de seda, ó de crochet ó malla, con transparente de seda, hace juego con las ricas sábanas y almohadas, bordadas ó guarnecidas de encaje. A los piés sólo se pone un edredon relleno de pluma, y con una cubierta elegante, que termina en los cuatro ángulos con borlas.

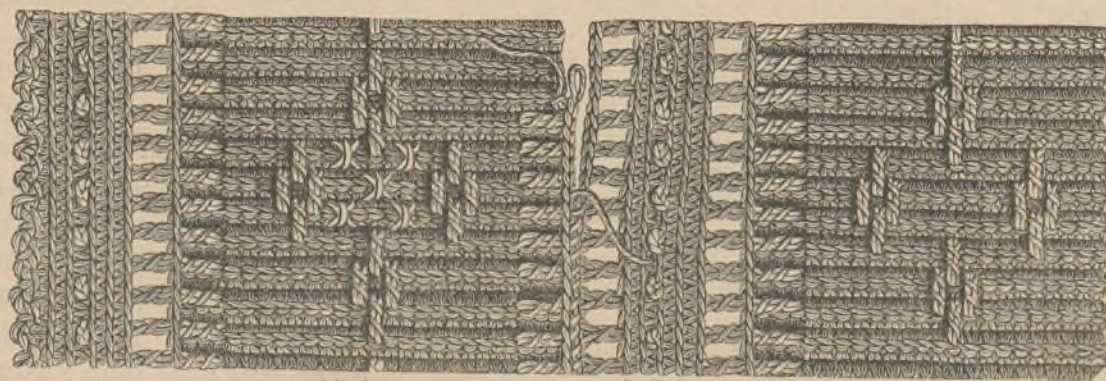
Explicacion del Figurin 1.243.

FIG. 1.^a Traje de recepcion y paseo.—Vestido de armure azul oscuro, y túnica de reps de lana azul claro, sin mangas. Estas son de la tela de la falda, y adornadas como dicha falda, con volantes encañonados, bieses y lazos de faya azul. La túnica va guarnecida con rico fleco de madroños y cintas de faya azul oscuro. Lazo azul claro en el peinado. Sombrija de seda azul con volante, y cubierta de encaje blanco.

FIG. 2.^a Traje de amazona.—Elegante vestido de paño negro,



38. Túnica albornoz. (Véase el núm. anterior.)



37. Punto de crochet, para la bolsa núm. 36.



39. Traje para sociedad

Las Sras. Suscriptoras a la 1.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO,

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Ycaza), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi